

Todas hacen señas.
Y ¡oh dolor! hay también mujeres que hacen versos.

En punto á estas últimas, tengo una opinión, que sería mía si antes no hubiera sido de otro.

Mad. Staël preguntó un día á Napoleón:

—¿Quién os parece que es la mujer más ilustre de Francia?

Napoleón contestó:

—La que haya dado más hijos á su patria.

La mujer que pueda presentar catorce hijos ha hecho un magnífico soneto.

Fuera de las santas y de las reinas, pocos irían á buscar la mujer propia en el resto de las mujeres célebres.

¡Alto!

O mejor dicho, basta.

O para mayor claridad, punto.

Dios sólo sabe adónde podríamos llegar por este camino.

Echemos un velo. Ese velo suave de las noches de verano que hemos dejado suspendido sobre las hermosas cabezas de las mujeres.

Cubramos la estatua, y nos parecerá más bella.



VAMOS ANDANDO

LA vida es un espacio que recorreremos por medio de caminos de hierro, y así vamos, como es natural, de estación en estación.

La rapidez de este viaje se conoce en que apenas hemos salido de una, cuando nos encontramos en otra.

Esta vez la infatigable locomotora nos ha puesto casi de repente en la fastuosa estación del verano.

Los que no han salido nunca de su casa; los que no han llevado sus pasos más allá de las tapias de su pueblo, ni han extendido sus miradas al otro lado de las montañas que los han visto nacer; esos seres que parecen plantados en la tierra como los árboles, creerán que no han viajado nunca.

No saben que ellos corren el mundo como los renglones de una carta, sin abandonar ni un momento el sitio donde fueron escritos.

Ignoran que las cosas están dispuestas de modo que se atraviesan largas distancias sin moverse de un sitio.

Difícil sería hacerles entender que en el transcurso de este largo viaje han ido sucesivamente alejándose de todo lo que también sucesivamente los ha ido rodeando.

En vano llegan al otoño, y atraviesan el invierno, y cruzan la primavera, y entran en el verano.

En vano se cambian la temperatura, el aire, las nubes, las plantas, la luz y el cielo.

Se han empeñado en que no se mueven, porque los ríos, las montañas, los valles ó las llanuras que han nacido los siguen por todas partes.

Viajeros inocentes, que hacen viajar á la naturaleza entera para persuadirse de que ellos no se mueven.

Se creen siempre en el mismo lugar, porque no han cambiado de coche.

Hacemos con las estaciones que atravesamos lo que nuestros sentidos hacen con los objetos que vemos, siempre que nos arrastra un movimiento rápido.

Parece que son ellos los que vienen, cuando somos nosotros los que vamos.

Se nos figura que son ellos los que huyen, cuando somos nosotros los que nos alejamos.

El tiempo es una cosa verdaderamente admirable. Nos lleva sin sentir á la primavera, al verano, al otoño y al invierno. Viaje continuo, en el que no gastamos más que la vida.

Esa expedición empieza en la cuna.

Entramos en la infancia con los ojos vendados, como un ciego que no sabe dónde lo llevan.

La infancia, país encantado, lleno de flores, de luces, de perfumes y de armonías.

Penetramos en él como en un sueño.

Al despertar, nos encontramos á una inmensa distancia del punto de donde partimos.

Como si fuéramos personajes desconocidos, el amigo que ha jugado con nosotros en nuestra misma cuna, nos mira con desconfianza.

La niña que nos rodeaba con sus brazos y dormía junto á nosotros, baja los ojos al verno.

Las mujeres no nos sientan ya sobre sus rodillas, ni nos duermen al calor de su seno.

Los hombres recatan sus palabras de nuestros oídos.

El padre se ha transformado en juez, el hermano en espía, y hasta la madre disimula los dulces movimientos de su cariño.

El álamo que levanta sus ramas á la puerta de la casa ó en un extremo de la huerta, no es ya el terrible gigante que se lleva de noche á los niños que lloran.

El viento que golpea impaciente las maderas de las ventanas, no es ya el espíritu enemigo de los niños que no se duermen.

El rocío no es ya el llanto que los ángeles derraman porque los niños son malos.

Ya no salta el agua, precipitándose por entre las piedras, enfadada de los niños que no quieren lavarse.

Ya hemos salido de aquel país encantado en que se crían los misteriosos pájaros que todo lo cuentan.

Hemos pasado á otra parte del mundo, en que los árboles no son más que un conjunto de troncos, ramas y hojas, el viento viento, el agua agua y el niño hombre.

¿Queréis saber la inmensa extensión de la distancia que hemos atravesado? Pues sabed que no hay nada tan lejos como aquello que no tenemos esperanza de volver á ver.

Salimos de un país en que todo nos engañaba, los árboles, el viento, el rocío, el agua y los pájaros.

Ahora ya vamos con los ojos abiertos.

Prosigamos nuestro viaje.

La inocencia pone una venda en los ojos de la infancia; pero hemos llegado á la juventud, y la venda ha caído de nuestros ojos.

Esto es verdad; mas llegan las pasiones y ponen á su vez otra venda en los ojos de la juventud; hemos abierto los ojos un instante para volver á cerrarlos.

Entramos á tientas en ese país magnífico en que todas las mujeres son hermosas.

Aquí el mundo está en una mirada, el cielo en un suspiro, la felicidad en una palabra, la fe en una sonrisa.

Una mujer no es una mujer, como antes el árbol no era un árbol, ni el agua era el agua.

Aquí una mujer es verdaderamente un tesoro.

Cualquiera de ellas reúne todas las riquezas del universo.

Tienen los dientes de perlas, los labios de rosa, las mejillas de nácar, el cabello de ébano ó de oro, las pestañas de seda y el aliento de ámbar.

¡Los placeres son tan hermosos! ¡Las pasiones son tan profundas!

Nos hemos soltado de los brazos de una madre, para arrojarnos en los brazos de una mujer. Esa es la distancia que hemos corrido.

Pero es imposible detenerse; el tiempo urge; la infatigable locomotora sigue, y la vida nos grita: «Anda.»

Nuevo país se presenta á nuestros ojos.

Ya no son hermosas todas las mujeres: los dientes de perlas son muy raros; los cabellos no son más que negros ó rubios.

Sólo las mujeres ricas son un tesoro y las mujeres buenas una felicidad.

En esta parte del mundo, el mundo ya es otro mundo.

Cada uno se coloca lo mejor que puede para continuar el viaje; restregándose los ojos como el que despierta de un sueño, y volviendo la cabeza para despedirse de la juventud, exclama: «¡Pobre local!»

Ya todo lo que resta de camino es cuesta abajo, á pesar de que todo se nos hace muy cuesta arriba.

Cuanto nos rodea se va transformando insensiblemente á nuestros ojos: los hombres son distintos de los que hemos conocido hasta entonces; las cosas suceden de diversa manera que antes; encon-

tramos otras costumbres, otro lenguaje, otras leyes, otra naturaleza.

En el país que dejamos á nuestra espalda, una pasión era una felicidad; aquí una pasión empieza á ser una desgracia.

Los horizontes que nos rodean son otros; el clima es tan frío, que se hiela el alma.

Es preciso morirse muy joven para no llegar á esta parte del mundo.

Si uno pudiera detenerse un momento; si pudiera apearse de la vida y colocarse á un lado del camino, entonces vería la rapidez con que cruza esta inagotable caravana.

Los viajes ilustran, y por eso el hombre, al llegar al término de su carrera, ha recogido toda esa profunda sabiduría que se llama experiencia.

Ciencia cruel, que nos abre sus secretos cuando ya no los necesitamos.

Libro siempre antiguo y siempre nuevo, que sólo leemos pocos años antes de morir.

Todos viajamos: así se ve que morir no es más que desnudarse el traje estropeado del camino para entrar en nuestra casa.

Las poblaciones también andan.

Esos montones de piedra ordenados que se llaman ciudades, hacen también su camino sobre la superficie de la tierra.

Unas se resbalan poco á poco por la falda de la montaña en cuya cima tuvieron su cuna, abandonando con desdén los ruinosos muros de algún castillo que les sirvió de amparo.

Otras, hinchadas de gente, serpentean por las sinuosidades de un valle, buscando una llanura donde derramarse.

Algunas vuelven la espalda al río que las abrazó al nacer, y se abren paso rompiendo su corona de árboles.

Las hay que se las ve retirarse del mar, como un viejo marino, saltando por encima de las murallas, como una tripulación que desembarca.

Y las hay también que se van acercando caprichosamente á las playas, con esos movimientos graciosos y sueltos con que la mayor parte de las mujeres jóvenes se acercan á un espejo.

No hay ninguna ciudad antigua que no haya mudado de domicilio.

No hay ninguna población moderna que no indique el camino que se propone seguir.

Madrid, agrupado al pie de su alcázar y medio recostado sobre la orilla del Manzanares, ha permanecido mucho tiempo sin saber qué hacer.

Su primera intención parece que fué dirigirse á Toledo.

Casa á casa, como si dijéramos, paso á paso, y en línea recta, emprendió su viaje.

De repente se detuvo.

El río le salió al encuentro.

Madrid empezó á reflexionar: estaba cortado.

La calle de Toledo hizo alto.

Después de una larga meditación, resolvió no pasar adelante.

Buscando después una salida, tropezó con la

Puerta del Sol; la deshizo, y se derramó en todas direcciones.

Esta vez parecía decidido á no parar hasta Alcalá.

El Retiro se tendió en medio de su camino, y le cerró el paso.

La Carrera de San Jerónimo, la calle de Alcalá y la calle de Atocha se cruzaron de brazos.

Desde la altura de la Red de San Luís tendió Madrid dos calles rectas y paralelas como unos gemelos.

Miró, vió, y triunfó.

La puerta de Bilbao y la puerta de Santa Bárbara fueron dos rayos de luz.

Por toda la extensión de Recoletos se sembraron cimientos, y han empezado á nacer palacios.

La calle Ancha de San Bernardo se alarga como una culebra; la de Fuencarral ha saltado por encima de la puerta; la de Hortaleza ha puesto sus avanzadas á gran distancia.

Toda esta parte de campo se ha cruzado de caminos para que Madrid pase.

Estos caminos son presentimientos de calles futuras.

La Fuente Castellana parece el punto que se trata de envolver.

Chamberí no tiene remedio. La capital de la monarquía ha puesto en él sus ojos, y está como un pájaro en la boca de una serpiente.

¿Adónde va Madrid?

Las casas salen apiñadas de la población como la gente de un teatro.

Esto es de noche: de día parece que salen á tomar el sol.

Entre tanto, en el seno de la población las casas se empinan piso sobre piso, como si quisieran verlo que pasa por fuera.

Las calles, arrastrando por el movimiento de los edificios, saltan de las plazas, se retuercen, se estrechan, se ensanchan, se doblan, suben y bajan, se enlazan y se anudan, hasta que, conducidas unas por otras, salen al campo con las bocas abiertas como unos fugitivos cansados de correr.

Madrid está en marcha; le ha vuelto la espalda al Manzanares, y parece que huye del Palacio real.

¿Adónde vamos?

Cuando se dirigió hacia Toledo, iba indudablemente en busca de una catedral.

Cuando, variando de dirección, dirigió sus pasos hacia Alcalá, no puede creerse que fuera á buscar á las orillas del Henares otra cosa que aquella Universidad memorable.

Hoy se arroja impaciente sobre un campo árido, fabricado sobre arena.

Ya veréis: dentro de poco Chamberí será nuestro, y poco después Fuencarral habrá caído prisionero.

Madrid no podía desentenderse del movimiento de la época.

El primer pueblo de la monarquía no podía

:

dispensarse de poner sus conquistas á la altura de las conquistas de los tiempos modernos.

¡Chamberí! ¡Fuencarral!

Y además, ¿qué camino había de seguir?

Manzanares no deja que Madrid se ensanche por el campo del Moro, porque el Manzanares es á Madrid lo que el Estrecho de Gibraltar á España.

Toledo es una triste antigüedad, una especie de arcaísmo.

Alcalá ya no tiene aquel claustro famoso, ni hace falta.

¿Adónde habíamos de ir?

No hay más camino que los alrededores del campo de Guardias. Allí acaban los reos condenados á muerte; allí nació una rebelión condenada á triunfar.

Los pueblos, semejantes al agua, se van por la primera salida que encuentran fácil.

El viaje está emprendido.

Madrid ha hecho decididamente su maleta, y se ha puesto en camino.

Esta expedición le ha de costar muy cara.

La razón es muy sencilla.

Los terrenos por donde ha empezado á dar los primeros pasos van subiendo poco á poco.

Lo diremos aquí en confianza; es una jugada de la tierra.

El campo sabe que sus producciones no pueden entrar en Madrid sin pagar en las puertas algo por arroba, y ha dicho:

—Cada pie mío que entre en la población ha de costar un ojo de la cara.

No se deja pisar por la planta de los edificios sino á peso de oro.

¡Hasta el campo al llegar á las tapias de Madrid se vende!

Madrid se parece á un campamento en que todas son tiendas.

Pero ¿adónde vamos?

Preciso es restregarse las manos de júbilo, sacudir con orgullo la cabeza y seguir adelante.

Por el camino hablaremos.

Vamos... pero antes volvamos un momento la cabeza atrás.

Todos los pueblos han hecho viajes más ó menos felices.

En la ignorancia de los pueblos antiguos, esas peregrinaciones no podían menos de ser mezquinas.

El punto luminoso que ha puesto en movimiento á los pueblos modernos, llamándolos hacia sí, no estaba descubierto todavía.

El primer viaje que se presenta á nuestra memoria es una navegación.

Noé y su familia son los primeros viajeros.

Á bordo de un arca sin timón, sin brújula y sin marinos, flotan sobre las revueltas ondas del diluvio días y días, para desembarcar al cabo en las montañas de la Armenia.

El pueblo hebreo sale de las orillas del Nilo, atraviesa el mar Rojo, y consume cuarenta años

perdido en las soledades del desierto, para venir al fin á parar á la tierra prometida.

Los romanos emprenden una serie continua de peregrinaciones, sólo con el objeto de que Roma eche plantas sobre todas las partes del mundo conocidas entonces.

Europa se junta como una familia é invade la Palestina, sin más idea que la conquista del Santo Sepulcro.

España se encierra en tres frágiles bajeles, y se lanza al Océano, sólo por el gusto de decirle á Europa : he aquí América.

Napoleón paseó á Francia por Italia y por Egipto, para hacerla encontrar el trono de un emperador. Nosotros vamos más allá.

Las últimas iluminaciones de la sabiduría humana nos han indicado el punto supremo de todas las aspiraciones, alumbrando nuestro camino.

No vamos, como Noé y su familia, á las montañas de la Armenia.

No salimos, como el pueblo de Israel, á buscar la tierra prometida.

No emprendemos nuestro viaje, como Roma, hacia todas las partes del mundo.

No nos dirigimos, como Europa, á la Tierra Santa.

No es á América adonde podemos dirigirnos.

No corremos, como la Francia de Napoleón, detrás de un imperio.

Vamos.... preciso es restregarse las manos de júbilo y sacudir la cabeza con orgullo.

¡Oh felicidad! Vamos.... á la ventura.



PINTURA, ESCULTURA

Y ARQUITECTURA



Es un arte la pintura del cual todos tenemos un poco.

¿Quién, por ejemplo, no sabe alguna vez siquiera pintarse las cosas á su gusto?

Desde los espejos que pintan con admirable exactitud cuanto se les pone delante, hasta Rafael, Velázquez y Murillo, todos somos pintores.

¿Quién no se retrata en sus obras y en sus acciones?

En asuntos de perspectiva, ¿quién no se ha dibujado alguna vez el día de mañana con toda la verdad necesaria para engañarse á sí mismo?

¿Quién no tiene en su vida un rasgo que pinte su corazón ó su pensamiento?

¿Quién no sabe dar color á los cuadros más negros?

¿Qué niña de quince años no tiene el dulce car-

mín de la pureza, para pintar en sus mejillas la honestidad de su corazón?

¿Cuántas mujeres vencidas por las intrigas de los años, no saben restaurar con cuatro pinceladas el arrinconado cuadro de su antigua belleza?

¿No se pinta la muerte en el semblante de los moribundos?

¿Quién no se ha pintado en su propio corazón la imagen de la mujer que ama?

Todos somos pintores.

La escultura ya es otra cosa.

Es indudable que en todo pedazo de mármol, de madera ó de bronce hay una estatua; pero se conoce que la dificultad está en encontrarla.

Las obras de escultura se resisten mucho á salir de sus misteriosos escondrijos, y el arte se fatiga en vano por sacarlas de la oscuridad de la vida privada.

Hay que creer que se encuentran mejor encerradas dentro de las formas irregulares de la materia.

Parece mentira que en una época tan material se niege más que nunca la materia á recibir las impresiones del arte.

Pero la verdad es que ella está en su derecho.

El arte no ha sabido engañarla, y ella, que conoce su importancia, ha caído en el buen humor de reirse del arte.

Ella es de suyo rebelde, y los escultores no tienen á su disposición bastante fuerza armada para hacerla entrar en razón.

Se lucha en vano.

Fidias no quiso dejarnos su secreto, tal vez porque no se perdiera su nombre; y por lo que vemos, se murió decidido resueltamente á no volver á nacer.

Yo no sé qué tiene el mundo, que el que una vez lo visita, aunque no sea más que por un momento, no intenta de nuevo aparecer en él. Esto debería ser una cosa muy rara, si no sucediera todos los días.

No es extraño que los escultores de nuestros tiempos no puedan vencer la rebeldía de la materia, porque sin que yo me proponga alarmar á los espíritus débiles, puedo decir que la materia triunfa por todas partes.

Al grito de los intereses materiales, todo cede y se ablanda.

Las ideas y los sentimientos se doblan y ajustan con perfecta exactitud á las exigencias del interés material.

El tiempo no pasa inútilmente.

La materia ha necesitado una larga serie de siglos para empezar á tener razón.

Le ha llegado á su vez el momento de pensar, y se ha considerado con el derecho necesario para poder dar leyes á los hombres.

Cansada de sufrir el yugo del espíritu, se levanta á imponerle la ley de su naturaleza.

La que ha sido esclava tanto tiempo, bien puede gritar ahora con toda la fuerza de su derecho: «Mueran los tiranos.»

Siguiendo el movimiento progresivo de esta gran revolución que presenciamos, la materia entra en el período de su poder.

Á ella le toca ahora hacer de los hombres estatuas.

Fría como el egoísmo, lo primero que hace es apagar ese horno inmenso en que se han fundido siempre las acciones heroicas, los grandes hombres y los grandes pueblos.

La conveniencia es la turquesa en que vacía sus obras; la utilidad es el cincel con que las perfecciona.

¿Queréis que un hombre salte, como excitado por una grande idea ó movido por un gran sentimiento? Pues no hay más que tocarle ese resorte irresistible que se llama bolsillo.

Creo que Napoleón no tendría á la Francia sujeta bajo el yugo de su dominio imperial, si no llevara el nombre de una moneda.

Materialicemos un poco.

Los nervios, la sangre, los músculos y los huesos: he aquí el hombre.

Esta combinación da por resultado la inteligencia, la voluntad, el alma.

El pensamiento existe por una casualidad.

Los nervios, la sangre, los músculos y los huesos se encontraron en un día en que no tenían que hacer.

La materia es naturalmente ociosa; pero esta vez hizo un esfuerzo sobre sí misma, y los nervios, los músculos, la sangre y los huesos se juntaron.

Los huesos, más torpes, fueron inmediatamente envueltos por la agilidad de los músculos; los músculos fueron á su vez sujetos por la sutileza de los nervios, y la sangre, no sabiendo cómo matar el tiempo, comenzó á correr de un punto á otro, como si quisiera averiguar todo lo que pasa en los estrechos recintos de las venas.

De esta asociación, formada por una casualidad semejante á la que produce la reunión de los números que salen premiados en la lotería primitiva, resultó el hombre.

Una vez hecho, la sangre, que se ahogaba dentro de las venas, le pidió aire, y el hombre abrió la boca y respiró; el estómago no quiso ser menos, y le pidió pan, y el hombre comió; los músculos le pidieron movimiento, y el hombre saltó.

Los nervios debían querer algo, y el hombre se rascó la oreja, se mordió las uñas, se dió una palmada en la frente, y empezó á pensar.

He aquí á la inteligencia saliendo de la materia como la espuma sale del agua agitada.

¿Por qué la materia de que se compone el hombre ha de ser menos que la materia de que se compone un racimo de uvas?

¿No tiene el vino un espíritu que nace del mismo vino? ¿Por qué los músculos y la sangre, los huesos y los nervios no han de producir el espíritu humano?

¿Por qué no nos ha de embriagar el espíritu que nace de nuestra propia materia, como nos embriaga ese otro espíritu que nace de la materia encerrada en un racimo de uvas sazonadas?

Y en verdad, ¿qué diferencia hay algunas veces entre el espíritu de vino y el espíritu humano?

¡Cuántos desatinos se deben al primero! ¡Cuántos desaciertos al segundo!

Un loco, un borracho, ¿que más da?

¡El alma! ¿Qué puede ser eso para la materia?

El alma del mundo en que hemos nacido es el afán de los intereses materiales.

Parece que los pueblos modernos no apetece ya ni justicia, ni derecho, ni moral : se contentan simplemente con prosperidades.

Ha llegado el caso de que en el mundo no se haga más que lo que trae cuenta.

Lo que es injusto, inmoral y ridículo, es no tener sobre qué caerse muerto.

El individuo no puede sustraerse al influjo de esta ley universal.

Las tres fuentes de la riqueza de las naciones son la agricultura, la industria y el comercio.

Vamos á cuentas.

La agricultura es el elemento de riqueza más antiguo que se conoce : es anterior á la raza humana.

Su origen se pierde en el misterio de la primera raíz y en el arcano de la primera semilla.

Pero esa profunda reserva en que se envuelve desde el primer día de la creación, no ha podido ser un obstáculo al desarrollo progresivo que le ha impreso la mano del hombre en el decurso de los siglos.

No hay más que echar una ojeada sobre los úl-

timos adelantos en este importantísimo ramo, para adquirir el convencimiento de que nos encontramos á la altura de seis mil años sobre la creación del mundo.

Aquí hay una verdadera pasión por la agricultura.

Á todas horas se ve gente haciendo su agosto.

Las mujeres, impacientes por contribuir á la prosperidad pública, no pueden contenerse, y se plantan en los treinta años.

No hay un empleado que no haga esfuerzos supremos por echar raíces.

Para que los hombres echen flores, basta el aire ligero de una mujer hermosa.

Aquí hay bosques de viejos verdes.

Todos los días se explota el terreno de las ideas.

La política es una viña.

Se cultivan sin descanso las amistades de los poderosos.

El hombre, por fin, es un pedazo de tierra dispuesta á recibir todas las semillas. Apenas puede mantenerse en pie, y ya echa plantas.

Podemos sostener ventajosamente una comparación con el paraíso terrenal.

Entre los inmensos productos de nuestra agricultura, no se encontraba el árbol famoso de la ciencia del bien y del mal.

La vegetación humana estaba humillada.

El hombre hizo un esfuerzo supremo para sacar á la agricultura de esta vergonzosa postración, y arrojó á la cara de la naturaleza, engreída con sus

secretos, la pomposa creación de los árboles genealógicos.

Desde entonces data la prodigiosa multiplicación de los alcornos.

Los camuesos, desconocidos en el paraíso, empezaron á florecer por toda la superficie de la tierra.

Pero esto era poco, faltando todavía el árbol de la libertad.

Tal es la historia de la agricultura y sus últimos adelantos.

La industria no podía permanecer ociosa.

Fijó primeramente su mirada penetrante sobre los árboles genealógicos, y quiso ennoblecerse para seguir paso á paso el progreso de la agricultura.

Por un sentimiento de emulación fácil de comprender, no quiso vegetar oscurecida, y se tendió como una red, formando la nobilísima orden de los caballeros de industria.

Todo comenzó á enriquecerse. Hasta el diccionario adquirió la palabra especulación.

Esta industria prospera como aquella agricultura.

Aquí se fabrican al vapor noticias importantes de todos los puntos de globo.

De una mujer fea se hace una mujer hermosa, á gusto de los consumidores.

Hay talleres de virtudes, almacenes de vicios, depósitos de ambición y tiendas de golpes de pecho.

La amistad es una mina.

El amor una prendería.

Se imita el pudor de tal manera, que se confunde con el original.

Se empeñan las palabras, se vuelven del revés las opiniones, y se charolan las conciencias.

Á la industria no se le puede pedir más.

¿Qué más puede hacer un hombre que hacerse á sí mismo instrumento de su industria?

¡Industria! ¡Cuántos peces nadan en esa fuente de la riqueza nacional!

Pero ¿qué sería de todo esto sin el comercio? ¿sin esa activa prestidigitación que todo lo transforma, lo transporta y lo trastorna?

El comercio es á la industria lo que las calles á una población : esto es, materialmente; pero moralmente no es más que tomar una cosa por otra.

Desde que Esaú vendió su primogenitura por un plato de lentejas, el comercio ha marchado sobre la tierra á pasos de gigante.

Poco tiempo después, los hijos de Jacob vendieron á su hermano Josef.

Judas vendió á su Maestro.

El conde D. Julián vendió á su patria.

Hoy se vende hasta el dinero.

El comercio ha extendido sus operaciones á todos los actos de la vida.

Se cambian las miradas, las palabras y las tarjetas.

Hasta ahora el cambiar de opiniones ha sido de sabios; pero ya es de comerciantes, porque los comerciantes son ahora los sabios.

Para que se vea adónde llega el espíritu comer-

cial, conviene no perder de vista que un gesto, un palabra, un movimiento pueden vender á cualquiera.

Una imprudencia es casi siempre la que vende á una mujer.

La inocencia está siempre vendida.

En el comercio se experimentan extrañas contradicciones.

Nada hay más abundante que la adulación, y sin embargo siempre se paga á peso de oro.

La verdad es rarísima, y apenas hay quien la quiera.

El comercio se encuentra á la misma elevación que la agricultura y que la industria.

El negocio salta impetuoso por todas partes.

Negocio ha dicho un escritor francés que es el dinero de los demás.

Debemos estar orgullosos de la prosperidad de nuestros intereses materiales.

La agricultura, la industria y el comercio son los tres caminos que nos conducen á la perfección.

La materia, pues, es el gran escultor de estos tiempos: ella ha vaciado al hombre moderno y le está dando la última mano.

Veamos ahora la arquitectura.

Víctor Hugo escribió una vez con mucha formalidad estas palabras: «El libro matará al edificio.»

Esta profecía debió producir la alarma y el desasosiego en todos los propietarios de casas.

La finca urbana, tan seriamente amenazada por Víctor Hugo, pidió amparo á la autoridad, y los le-

gisladores, que debieron ver en la destrucción de la casa la muerte de la familia, hicieron la ley de inquilinatos que rige en la capital de la monarquía.

El casero se hinchó como un bolsillo que se llena, y las casas comenzaron á subir, elevando el edificio hasta las nubes.

La primera dificultad para todo casero es el terreno; pero levantando sus miradas por encima de los estrechos términos de los solares, vió que podía tomar de aire todo lo que de tierra se le negaba.

Aquí empieza para la arquitectura una especie de renacimiento.

La naturaleza y la civilización se han puesto de acuerdo para que la arquitectura pueda salir del yugo á que la tenía sujeta el peso enorme de los antiguos edificios.

La naturaleza obliga al hombre á ser inquilino, y la ley pone al inquilino bajo el dominio absoluto del casero.

Si Víctor Hugo hubiera pensado esto, no hubiera dicho que el libro mataría al edificio.

La casa de Madrid se levanta triunfante y pone las buhardillas en el cielo, contra el terrible augurio del poeta francés.

El casero es á la arquitectura lo que el editor al libro.

Mientras pueda la arquitectura servir á la industria, no hay libro que pueda matarla.

¿Qué importa que no haya arquitectos si hay caseros?

La ley fundamental de la arquitectura moderna es que el edificio se alquile.

El arte y la belleza, que vienen á ser una misma cosa, son dos preocupaciones de la antigüedad. Hoy lo bello agrada, pero lo útil triunfa.

Pintura, escultura, arquitectura: habéis sido demasiado grandes, demasiado poderosas, para que no nos ofenda vuestra presencia.

Preciso es que se humille ante nosotros vuestra soberbia aristocracia.

Ya no hay príncipes que os adulen; ya no hay héroes que fundir en bronce ni tallar en mármol; ya no hay aquella fe viva que levantaba esas inmensas catedrales, donde os habéis refugiado, como los muertos, á esperar el día solemne de la resurrección.

¡Pintura!: ya no hay más que colores políticos, no se tiran más líneas que las del cálculo, y no se dibuja más perspectiva que la de la conveniencia.

¡Escultura!: ya no se funden más que cañones rayados; no se acuñan más que monedas; no se graban más que billetes de Banco.

¡Arquitectura!: ya no se edifican más que casas, casillas y casinos.

Para cuadro, ninguno mejor que el que nosotros mismos formamos.

Para estatua, ninguna mejor que una mujer desnuda.

Para edificios, nos sobran con la Bolsa y con el templo de las leyes.



EL DÍA DE LOS REYES



ABLEMOS del día de los Reyes muy por encima.

Hace ya cerca de diez y nueve siglos que un día tres Reyes del Asia, movidos por un secreto impulso, dejando cada uno su reino y cargados de dones, salieron en busca de un Rey más poderoso á quien rendir el homenaje de su adoración y los tributos de Oriente.

El Rey á quien buscaban no estaba inscrito en el catálogo de los Reyes de la tierra: su reino no aparecía señalado en las cartas geográficas del mundo conocido.

No obstante, Gaspar proseguía su camino con tenaz empeño; Baltasar dejaba en pos de sí las montañas como obstáculos vencidos, y Melchor subía ansioso por las pendientes de los valles, creyendo encontrar sobre la llanura más fértil del mundo la ciudad más grande de la tierra.

Estos tres Reyes, saliendo de distintas regiones, vinieron al fin á reunirse en un punto.

En aquellos tiempos de oscuridad y en aquellos